

Travesía Cívica: Las elecciones son de quienes eligen, no de quienes son elegid@s (un llamado al voto)

Carlos González Martínez

Invitado

El cristal vertical e invertido con el que miramos toda la vida política de nuestras sociedades nos ha ocasionado una ilusión óptica: pensamos que las elecciones son para los partidos políticos y sus candidaturas, e incluso para las autoridades electorales, de gobierno o legislativas, los medios de comunicación, las casas encuestadoras o para quienes opinan y predicen cualquier tipo de escenarios, venturas y desventuras. Pero no pensamos ni entendemos lo verdadero: las elecciones son para quienes eligen. No para quienes aspiran a ocupar cargos de, precisamente, elección popular, sino para quienes, en efecto, les eligen. ¿Y les eligen cómo o con qué? Con su voto. ¿Con su voto en dónde? ¡Pues en las elecciones! Como puede verse y debe reconocerse: tenemos, literalmente, la carreta delante de los caballos... o los bueyes, como prefiera decirse.

Efectivamente, la cultura cívica autoritaria que empaña nuestra visión democrática nos hace pensar que las elecciones consisten en la realización de las campañas y la ocupación, después de ellas, de cargos y escaños, y no en el ejercicio del voto que buscan y el sufragio que les permite lograrlo. Esa cultura cívica autoritaria que deviene de la supremacía de la autoridad sobre la sociedad, finalmente se impone sobre la visión democrática que, en sentido inverso, debiese devenir de la supremacía de la sociedad sobre la autoridad que, al final y principio de cuentas, se instaura para su beneficio; como buena, radical y exigiblemente indica nuestro mexicano artículo 39 constitucional.

Como penosamente nuestro tradicional sistema democrático representativo ha prácticamente degenerado en un mecanismo para apropiarse de los cargos y, sobre todo, de los recursos económicos, ideológicos y patrimoniales del poder público, pensamos que lo importante es llegar a ellos para usurparlos y no el ejercicio de derechos que permiten legitimarlos. De esta forma, lo importante pareciera ser (¡pero no es!) cuánto dinero reciben los partidos en las campañas, cómo se lo reparten; quiénes son sus personas candidatas y cómo se despedazan entre ellas para lograrlo; qué presencia tienen las campañas en medios de comunicación, tradicionales o electrónicos y digitales; quiénes usan mejor o peor, para bien o para mal, las redes sociales; qué gobierno desvía más recursos para apoyar a sus partidos; cuál de las opciones partidarias agrede y anula más violentamente a sus contendientes, a quienes nos quieren hacer ver como enemigos y no como los dignos competidores que realmente son, o; quién logrará más votos para integrar gobiernos o parlamentos y así aceitar clientelas políticas y comprar más voluntades en las próximas elecciones. Todo ello en esta ilusión óptica que determina prácticas nada ilusas y sí muy perversas y pervertidas en la democracia.

Y con ello nos olvidamos de una pregunta hiper-recontra-archi elemental: ¿para qué son las elecciones? Pues para elegir... ¿y quienes eligen? ¡Pues las personas electoras! Entonces: ¿para quienes son las elecciones?, ¿para quiénes se

inventaron, se consolidaron y se organizan? ¿Para quienes van a ser las personas elegidas o para quienes las van a elegir?

Como dijo el clásico, no nos hagamos bolas: el actor principal y protagonista es la persona electora, no la elegida o por elegir. Si partimos de esa idea distinta de la que estamos acostumbrados y sometidos, podremos llegar a la democracia electoral distinta en la que queremos acostumbrarnos y liberarnos. Es momento de poner, efectivamente, a la ciudadanía al centro. Entender que sin demócratas no hay democracia y que las elecciones son para quienes eligen. Que el sistema representativo de la democracia es eso: ¡representativo! Y que representa a los representados, no a los representantes. Que la democracia es nuestra. Que así, el poder y el estado somos nosotrxs. Y que si, por fin, lo entendemos y practicamos así entonces estaremos poniendo a los caballos delante de la carreta e iniciando el buen camino de las elecciones democráticas, ése que, diríamos parafraseando al Poeta, se hace al andar, es decir: construyendo ciudadanía. Es cuanto.

Ahora sí: a votar el 6 de junio en la elección más grande, compleja y complicada de la historia democrática nacional. Como ciudadanía, como sujetos de derechos que les exigen y ejercen, como pueblo en el que reside original y esencialmente la soberanía que se hace concreta y real con nuestro voto: en nuestra elección, en nuestra democracia electoral.

Carlos González Martínez es profesor, activista y consultor en construcción de ciudadanía y elecciones.